

Algunas reflexiones sobre la influencia de las migraciones europeas en los cementerios y panteones como espacios de memoria*

Celeste Castiglione**

Resumen

El presente trabajo analiza los cementerios como lugares específicos de la memoria que fueron importados, a partir de la influencia europea en lo religioso y en la planificación de los espacios mediados por el Estado a fines del siglo XIX. En este recorrido, que estamos realizando desde 2015 hasta el presente por 194 necrópolis, hemos elegido la del partido de General Belgrano en la provincia de Buenos Aires, ya que reúne elementos que nos ayudan a profundizar en las influencias estéticas, materiales y simbólicas, así como en el concepto de memoria, que cristalizan la forma de ver el mundo y las representaciones de la muerte que tienen las asociaciones étnicas. Estas se conformaron, en su mayoría, a fines del siglo XIX y principios del XX, y gran parte de ellas consiguieron, a través de sus panteones funerarios, una suerte de embajada dentro de sus esquemas identitarios donde se conmemora a sus fallecidos.

Palabras clave: Cementerios. Edificios funerarios. Memoria. Asociaciones étnicas. Argentina.

* Recibido 30/08/19. Aceptado 29/11/19.

** Celeste Castiglione es Lic. en Ciencia Política y Lic. en Sociología (UBA), Posgrado FLACSO y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Es Investigadora Adjunta del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) con sede en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades (IESCODE) de la Universidad Nacional de José C. Paz. Docente en la Facultad de Derecho de la UBA, de Posgrado y Doctorado en la UNPAZ e investigadora del Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la UBA y de la Universidad Nacional de La Plata.

Abstract

The present work analyses cemeteries as specific places of memories that were imported, from the European influence in the religious aspect and the planification of the mediated spaces provided by the government on the 19th century. In this journey we are making from 2015 until now on 194 necropolises, we have chosen one from General Belgrano on Buenos Aires, because it contains elements that help us deepen the aesthetic material and symbolic influences, as well the concept of memory, that crystalize the way to see the world and the ethnical association's representations of death. This were mostly conformed in late 19th century and early 20th, and a great percentage got through their funerary pantheons, a sort of embassy inside their identity schemes where they commemorate their deceased ones.

Keywords: Cemeteries. Funerary buildings. Memory. Ethnical associations. Argentina.

Resumo

O presente trabalho busca analisar os cemitérios como lugares específicos da memória que foram importados, da influência européia em questões religiosas e no planejamento de espaços mediados pelo Estado no final do século XIX. Nesta excursão que estamos realizando de 2015 até os dias de hoje através da 194 necrópole, escolhemos a de Gral Belgrano, na província de Buenos Aires, que reúne elementos que nos ajudam a aprofundar nas influências estéticas, materiais e simbólicas, assim como a conceito de memória, que cristaliza o modo de ver o mundo e as representações da morte que as associações étnicas têm. Estes formaram-se, na maior parte, no fim do 19o século e o começo do 20o século, e uma grande parte deles conseguiu, pelos seus panteões funerários, uma espécie de embaixada dentro dos seus esquemas de identidade onde os seus mortos se comemoram.

Palavras-chave: Cemitérios. Edifícios funerários. Memória. Associações étnicas. Argentina.

Introducción

Después de cruzar las vías por la calle San Pedro, en Sarandí, para llegar a la casa de una amiga de la familia, siempre pasábamos al lado de un monolito pequeño, apenas cinco ladrillos apilados con una cruz, en un lugar donde –contaba la leyenda- habían matado a una chica. El nombre de ella no lo recuerdo, pero sí que la fallecida tenía 15 años. Yo debía tener siete u ocho y miraba la cruz con su chapa y me imaginaba los detalles del crimen que me acercaban a la fascinación de una novela policial y de los misterios alrededor del suceso. La imagen de esa cruz solitaria, bajo las vías, con lluvia, con sol, en invierno (cuando no salíamos tanto) o un día cualquiera de escuela (mientras estaba a kilómetros de allí) me perseguía, pero también me encantaba pensarla, saber que cuando yo volviera iba a seguir en ese lugar. Siendo más grande y pudiendo elegir los itinerarios, a veces, me tomaba el colectivo 98 (interno 116) para pasar por allí. Me bajaba y la veía. Nunca le puse una flor, ni le dejé nada. Era verla nada más: para mí era una certeza, me daba seguridad. La sensación de un orden seguro y atemporal. Luego retrocedía buscando Mariano Moreno que, por ese entonces, era ya mi calle, por esas cosas de la vida y de la hiperinflación.

Unos años más tarde, a partir de la construcción de un hipermercado que transformó completamente la zona y los accesos, se construyeron torres y plazas. La cruz, ese espacio de memoria, fue extirpada. Nadie la preservó. Ni siquiera lo pensé –aunque ya no estaba por allí-, pero me permitió entender la importancia de su existencia material y lo que significaba tener un lugar destinado a que esa muerte fuera rememorada. Pensé en los vecinos que pasaban a su lado todos los días, en su familia y algunos desconocidos (entre los que me encontraba) que ya no íbamos a recordar su vida y su pronta muerte, condensada en esa “marca” que había sido realizada de manera informal, sin el amparo de un poder religioso o político. Simplemente alguien la había puesto allí, hasta que las fuerzas de la Modernidad se la llevaron.

Esta cruz nos lleva a reflexionar sobre la memoria, su poder en lo subjetivo y la necesidad de crear espacios de recuerdo, los cuales también se constituyen como marcas memorísticas donde el Estado está presente gestionando la ubicación de los cuerpos y

las formas en las que estos tienen que ser conmemorados: los cementerios. Estas construcciones poseen un alto poder simbólico y material. Su historia traza un recorrido paralelo con la Modernidad, asociada habitualmente con cambios económicos, políticos y sociales que se desarrollan en los países centrales y tienen ecos en los periféricos. Desde el inicio de la humanidad se han destinado lugares específicos de entierro y celebración para los muertos, algunos de los cuales permanecen hasta hoy (Herrera Moreno, 2013). Sin embargo, el objetivo es estudiar los cementerios en el mundo occidental cruzándolos con la tensión implícita que poseen en la Modernidad, donde la muerte del hombre común es algo problemático y su evocación, algo que debe ser ocultado, tratado con sobriedad para que no interrumpa el orden y el progreso. Una muerte relegada que “pervive hoy en ambientes populares y clases medias no demasiado intelectualizadas” (Ariés, 2000: 215). Solo serán evocados los que sean considerados “grandes hombres” (y, ocasionalmente, mujeres) de acuerdo a las necesidades del discurso del poder. Es decir, podemos también dar cuenta de que esta idea de la Modernidad, en general, se relaciona con una estatización de la memoria (vertical, jerárquica, meritocrática) y su distribución se relaciona con la capacidad de agencia de los distintos grupos sociales.

A partir de nuestro trabajo de campo por los cementerios,¹ coincidimos con Javier Enríquez Fernández y Enriqueta Sesmero Cutanda (1999), quienes señalan:

El cementerio tal y como ahora lo entendemos es una invención del mundo contemporáneo, expresión de un nuevo modo de vivir, entender y sentir la muerte: individualista, temida como la peor de las fatalidades y por eso mismo ocultada. En contraposición a las etapas históricas precedentes, el camposanto contemporáneo quiere aparecernos como un sitio vivencial distinto, bello en sus formas y aséptico en sus contenidos. Sin embargo, esta percepción es una falacia. Nuestros cementerios están plagados de símbolos religiosos y socioculturales: son un símbolo en sí mismos. (346)

¹ Desde julio de 2015 hasta el presente hemos recorrido 194 cementerios. En su gran mayoría son municipales, pero sumamos 19 de disidentes y 15 judíos. Hemos seguido un protocolo de recolección de datos que, naturalmente, se volvió cada vez más específico y puntual. Se basa en el recorrido de la nave central y transversal, el perímetro y espacios destacados, a fin de catalogar los panteones de asociaciones migrantes. Hemos reunido 211: 81 españoles, 98 italianos, 10 siriolibaneses, 12 cosmopolitas y 10 de otras asociaciones. Una vez localizados se fotografían, se toman las medidas (alto, ancho y largo) y se anotan el tipo de construcción (cfr. Cardelle Zamora, 1998) y todos los datos que el monumento presente: año de construcción, placas, ornamentos, simbología (que hemos catalogado en “asociacionista”, vinculada a los aniversarios, socios fundadores y miembros destacados, “masónica”, “religiosa” y “política”). Un análisis específico fue realizado por la autora para la *Revista Andes* (2019, en prensa).

Queremos poner en diálogo esta definición con el concepto de “memoria” que trabajan Welzer, Moller y Tschungnall (2012), donde la “memoria cultural” es la que construye la propia sociedad a través de un proceso de ritualización y recuerdo basado en textos, imágenes y actos, reproduciéndose y autoconsolidándose, mientras que la “memoria comunicativa” se basa en la interacción individual y/o grupal de corto plazo, dependiendo de los comunicadores que la relatan a través de fragmentos, basándose en criterios de verdad cruzados por las emociones y la lealtad a través de dos o tres generaciones. En este sentido, nos preguntamos dónde se ubican los panteones de asociaciones étnicas en el marco de un territorio marcado por discursos oficiales como es el cementerio, atravesado por la necesidad de honrar y conmemorar a los muertos que nace de una socialización originariamente informal, es decir, de abajo hacia arriba.

Lo que proponemos en el presente trabajo es establecer un recorte y detener la mirada en los panteones de asociaciones étnicas que encontramos en los cementerios municipales y, en particular, en el del partido de General Belgrano (Buenos Aires), para tomarlo a modo de ejemplo y reflexionar sobre los diferentes caminos y capas que nos permiten pensar el lugar de los migrantes en este aspecto hasta ahora poco explorado.

Aproximaciones

El rito a los muertos que traen los migrantes de fines del siglo XIX y principios del XX, en su mayoría españoles e italianos, ha tenido una gran continuidad en cuanto al respeto por la dimensión religiosa, la parafernalia del velorio, el entierro y el luto, lo cual ha contribuido a la construcción de su identidad, siendo la muerte un momento aglutinador por excelencia para condensar acciones sobre las que giran la necesidad de construir, sostener, reproducir y reelaborar las tradiciones. Coincidimos con Hobsbawm (1983) en que la construcción de las tradiciones

es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque solo sea al imponer la repetición. El proceso actual de creación de estos rituales simbólicos complejos no ha sido adecuadamente estudiado por los historiadores. En gran parte continúa siendo oscuro. (20)

Pero, ¿qué es una tradición? De acuerdo con Hobsbawm, la “tradición” debe distinguirse de la “costumbre”, ya que, si bien posee un espíritu similar, no se instala en lo inmóvil, sino que, por el contrario, admite los cambios y la innovación. También se diferencia de la “rutina” y la “convención”, porque estas son llevadas a cabo de manera repetida y, al haber demostrado su eficacia, son evidencias pedagógicas para los aprendices y refuerzan la capacidad de reaccionar frente a los imprevistos que se suscitan en las sociedades complejas configuradas a partir de la Revolución Industrial. La puja por las viejas formas de tipo comunitario y autoritario de la aldea convive, en gran medida, con las ideas foráneas, frente a las que los distintos grupos afectados deben sentar una posición: ignorar o adaptarse.

Breve recorrido

Los cementerios tienen como función primigenia enterrar el cuerpo de las personas fallecidas en un determinado territorio marcado por el poder político legítimo (al que se le adjudica un espacio reglamentado), siguiendo un registro formal de día, mes y año en el que se produce el acto, previa reunión de los familiares (habitualmente mediada por las casas velatorias habilitadas) con el director del lugar. En el presente, puede o no tener la presencia de un cura al que se lo convoca según el deseo familiar. Sin embargo, es importante precisar que los cementerios municipales que se construyeron hasta la década de 1960 se encontraban permanente ornamentados con símbolos católicos, que se aplicaban de manera naturalizada. Los cementerios que se construyeron a partir de esos años (Ensenada, Berazategui, José C. Paz, entre otros) se diseñaron con una estructura de tipo anglosajón: lápida en el piso, ascetismo en la ornamentación, regularidad en la distribución y creación de espacios para homenajes de eventos recientes (Guerra de Malvinas, Desaparecidos, etc.). Los cementerios de otros credos sufrieron otro tipo de recorrido. Los más antiguos fueron los de los llamados “disidentes”, es decir, los protestantes (ingleses, escoceses, alemanes, norteamericanos) que tuvieron su apogeo en las migraciones tempranas (1810-1880) y compraron un espacio en las afueras de la ciudad (hoy barrios de Balvanera y Recoleta, para terminar

su emplazamiento definitivo en Chacarita y conseguir sus propios espacios en los municipios y partidos donde se asentaron). Para officiar las ceremonias tenían sus propios pastores y se auto-subsuencionaban a partir del cobro de los entierros (Castiglione, 2019a).

La presencia de judíos en el Río de la Plata es constitutiva de las actividades comerciales que se desarrollaban desde la colonia. A partir del siglo XVII, los judíos portugueses y españoles (sefaradís) se asentaron trabajando como comerciantes con officios específicos, deviniendo algunos en estancieros. A mediados del siglo XIX se sumaron los de Europa occidental (ashkenazim) y, en 1862, comenzaron a organizarse las primeras instituciones. Es muy importante su presencia en la zona del Litoral, donde fundan colonias a las que se sumaron contingentes de Europa oriental (de la corriente ashkenazim). En 1885 organizan la primera Chevrá Kedushá (Sociedad piadosa), que tiene como objetivo conseguir un espacio de enterramiento propio. Solo les permiten un sector de la Chacarita y luego de Flores, donde alquilan secciones (Dolout, 2011). Como su tradición no permite la reducción, los espacios eran completados y había que buscar otros. Dicha tradición considera que la inhumación ideal debe realizarse en la patria junto con sus familiares, pero con la diáspora los mitos ancestrales han sufrido modificaciones en los detalles, aunque no en la importancia dispensada o en el respeto al rito. El cuidado del cuerpo es parte de la tarea religiosa. Este se envuelve en una mortaja de algodón y es enterrado de manera inmediata a fin de cumplir con los preceptos bíblicos y con el Código de Leyes Judío. Los días de visita y celebraciones son distintos, así como también difieren en las representaciones de Dios, que están prohibidas. En muchos de ellos hay importantes monumentos que se construyeron a partir de la Shoá y de otros eventos históricos. El primer cementerio lo logran emplazar afuera de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en Ciudadela (Liniers en 1910), comprando los terrenos anexos y, luego, en La Tablada en 1936. El Cementerio de La Plata nace a partir de la Sociedad de Socorros Mutuos Ezrah, en cuyas primeras reuniones (1907) surgió como una prioridad la necesidad de un cementerio local. En esos tiempos, las necesidades eran muchas y variadas. Finalmente, lograron adquirir una escritura que la Municipalidad de La Plata les regaló para la construcción del cementerio, a un costado del municipal. El 9 de noviembre de 1913 realizan una ceremonia en la que trasladan los restos de asociados, quedando oficialmente

inaugurado. A través de la Jewish Colonization Association, la afluencia creció, especialmente, a partir de 1930, en los que provenían de Alemania y ya contaban con una importante comunidad de base.

De manera que las tres principales religiones que arribaron a Argentina cuando aún no estaba constituida como Estado-Nación tuvieron trayectorias diferentes en cuanto a la posibilidad de enterrar a sus fieles: la católica había dejado sus órdenes religiosas, iglesias y parroquias; la protestante contó con una colectividad de base, minoritaria, con habilidades en el plano comercial (su actividad principal) que le permitieron comprar un terreno; y, en forma más tardía, la comunidad judía consiguió con la donación estatal sus lugares definitivos, hacia fines del XIX, en algunas ciudades.

El cementerio como territorio de memorias

A fines del siglo XVIII se evidencia la necesidad de introducir reformas que permitan llevar un registro más exhaustivo acerca de lo público en las sociedades occidentales. La concentración de la población en las grandes metrópolis aumentó el riesgo en cuestiones de salubridad, lo cual afectó la gestión de los muertos. La Ilustración, con la idea de la Razón a la cabeza, trajo las normas de higiene y la salud pública, que erradicaron la costumbre del enterramiento en las iglesias, templos y conventos dentro de los espacios urbanos. La mayoría de las cortes europeas fueron receptivas a las nuevas ideas, pero tuvieron que enfrentarse de distintas maneras a las autoridades religiosas que veían diezmada parte de sus funciones fundamentales: su monopolio en la ritualidad que facilitaba el pasaje del alma hacia el otro mundo. Sin embargo, la creciente sobrepoblación de las ciudades y su dinamismo acelera los cambios. Como señala Herrera Moreno: “Esta concientización del daño que los enterramientos en los templos causaban al ambiente fue común en toda Europa, por lo que se comenzaron a construir nuevos tipos de cementerios, fundamentalmente en Francia e Italia, los cuales fueron llevados a España” (2013: 74). El modelo de necrópolis que se impuso debía tener una planta central con capilla, donde se desplazaba ahora el lugar de la iglesia para esta función específica, con altos muros perimetrales.

Este diseño estuvo influido por un cementerio de Pisa del siglo XIII, que contribuyó al ordenamiento y conservación de la salud de los habitantes (Herrera Moreno, 2013).

El 19 de junio de 1803, un asesor del gobierno apellidado Segur le entrega al Emperador Napoleón el “Informe sobre los entierros”, donde le solicita que se intervenga en las gestiones sobre la muerte, dándole importancia al cobro y a las administraciones de los hospitales. La creación del cementerio moderno requería también el exilio de los muertos fuera de las ciudades y la distribución de funciones de las autoridades civiles y religiosas (Trumpet y Griffiths, 2011). Se establece un mínimo de servicios (carro, ataúd y sudario) de tipo ordinario, que no excluye la posibilidad de que este también sea un espacio de distinción social. El espectáculo de los coches funerarios y los coches de luto en París se convierte en un emblema del ritual burgués parisino. Para los pobres será la iglesia, con sus instituciones y asociaciones caritativas, la encargada de proporcionar el alivio.

Mediante un decreto, en 1805 se autoriza en el cementerio de Père Lachaise la posibilidad de adoración de los muertos, entendida esta como una representación familiar donde se habilitan nuevas prácticas culturales asociadas al memorial, cuya suntuosidad, como afirman Trumpet y Griffiths, acompaña la expresión de grandeza social (2011). Estos autores, siguiendo a Vovelle, dan cuenta de “la creciente popularidad de las concesiones, sobre todo entre las clases medias para las cuales la concesión temporal permite extraer el hombre común para estar más cerca del ideal aristocrático que es la concesión perpetua” (2011: 35.), otorgada a los “grandes hombres”. Este ceremonial diferencial promueve una floreciente industria del mármol y los bronce que genera un arte funerario particular y pone en evidencia una construcción específica de jerarquías y accesos. A su vez, se intenta establecer un impuesto a los ciudadanos más ricos para subvencionar el entierro de los pobres.

Imagen 1. Plano de Pere Lachaise



Fuente: www.paris.fr

Imagen 2. Buzón para limosnas.



Fuente: El autor 26/07/2015

Como se observa en la Imagen 1, solo la parte norte (la más joven) posee una cierta regularidad en las calles, mientras que el resto es una sucesión laberíntica de pequeños senderos que se cruzan en múltiples direcciones y alturas, donde se emplazan las bóvedas de familias ilustres. Asimismo, la administración de París permite la organización de servicios de la mano de sociedades de beneficio mutuo, como intermediarias, muchas veces vinculadas a un grupo devocional, de oficios o de cofradías, que muchas veces son descritas como “instituciones de la muerte”.

En Inglaterra no se transitó el proceso de secularización francés, ya que la Iglesia Anglicana se había convertido en la Iglesia del Estado y los consejos parroquiales desempeñaban un rol fundamental en el cuidado de los pobres e indigentes, aun de otros credos. En 1936, con la aprobación del Parlamento se funda The London Cemetery Company, que construye en 1939 el Cementerio Highgate, que contó con la bendición del Obispo de Londres el día de su inauguración. Tenían una parte dedicada a

los miembros de la iglesia y dos acres para los que no pertenecían. Contaba con dos capillas con un estilo Tudor típicamente inglés, que marcó la arquitectura desde 1485 al 1600 (ARQHYS, 2012), y una avenida en estilo egipcio que llevaba a un cedro del Líbano en su centro y a otros detalles exóticos. Este es, en el presente, el Highgate West, que se encuentra cerrado y al cual se accede con una visita guiada especial, mientras que el East (abierto en 1856) es de acceso cotidiano, previo pago de un arancel (Highgate Cemetery, 2014). Los entierros se realizaban en los patios de las iglesias hasta que, en 1843, Edwin Chadwick escribió el *Informe complementario al Parlamento sobre la práctica de entierro en ciudades* y logró, cinco años después, que tuviera lugar la Junta de Salud Pública, donde denunciaba las consecuencias de la acumulación de cuerpos y cuál sería su debido tratamiento, así como también notaba el suministro que significaban para la ciencia anatómica.

De acuerdo a Trumpet y Griffiths (2011), la necesidad de asegurarse un funeral decente y respetable es una idea que perseguía a los sectores pobres y a las clases trabajadoras, las cuales realizaban contribuciones en sociedades amigas o clubes funerarios. Los autores citan el ejemplo de Walsall, una ciudad industrial cercana a Birmingham que tenía cerca de noventa clubes funerarios que recolectaban semanalmente medio centavo para financiar un servicio mínimo de entierro. Algunos crecían asegurando ese servicio, pero otros se sumaban como asistencia a las viudas y huérfanos. Thompson (1988) calcula que hacia 1870 más de las tres cuartas partes de la población total poseían este “seguro funerario” informal.

Los debates de la época ya abogaban por el entierro fuera de las metrópolis, lo que requería un tren que llevara a las familias. Pero el Parlamento Británico lo consideró costoso. En 1853, a través de la Ley de Entierro, se les permitió a las parroquias y municipios gestionar de diversas maneras (impuestos, préstamos, pedido de tierras fiscales) el modo de descentralizar este servicio. También por esa época se perfila la figura del empresario de pompas fúnebres, que se encargaba de la preparación y transporte del cuerpo, la articulación con las diferentes autoridades religiosas, el registro y el anuncio en el periódico. Esta actividad fue considerada como una más dentro de la cultura mercantil de la Inglaterra victoriana, la cual combinaba un emprendimiento de tipo privado con la gestión pública.

La importancia de los jardines en las islas británicas se traslada a los cementerios convirtiéndose en espacios de recuerdos, sin una organización definida en calles y avenidas, incorporando materiales al follaje y en comunión con la vegetación: bancos de descanso o pérgolas bajo árboles viejos, el cálculo de los momentos de floración, piedras de la región y tumbas dispuestas siguiendo el paisaje.² Como se observa en el plano de la Imagen 3, los senderos se abren y se encuentran de manera irregular sin una lógica específica, siguiendo las irregularidades del terreno (cfr. Imagen 4). En la parte Este, linda con un parque y un lago.

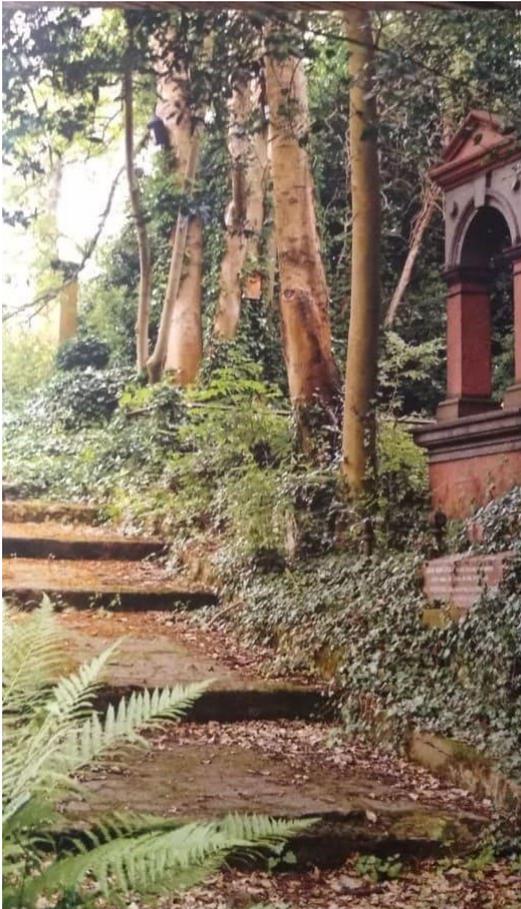
Imagen 3. Plano del Cementerio de Highgate



Fuente: Highgate Cemetery (2014)

² El modelo anglosajón es replicado en los cementerios privados que las comunidades británicas establecen en los lugares donde desarrollan su actividad comercial. Este modelo se reproduce en México, San Pablo, Montevideo y, en Argentina, en Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Santa Fe, así como en ciudades más pequeñas como Chivilcoy, Castelli, Azul, Quilmes, Pablo Nogués (partido de Malvinas Argentinas) y Lomas de Zamora.

Imagen 4: “Sendero (Highgate Este)”



Fuente: Highgate Cemetery (2014)

Los autores Trumpet y Griffiths (2011) señalan que

de una nación a otra, se diferencia el paisaje funerario. Si en Francia la ambición de un “esquema nacional” se expresa más claramente a través de la determinación de un marco legislativo unívoco, cualquier reducción a una sistematización posrevolucionaria sería errónea o ilusoria. Obviamente no hay homogeneidad en el lado inglés, y mucho menos en todo el Reino Unido. Híbridos, compuestos, heterogéneos, los dos “sistemas” aunque no tienen precisamente un carácter “sistemático”, revelan desde ese punto de vista sorprendentes convergencias. Pero también se puede optar por insistir en sus contrastes, en particular aclarando la forma en que establecen los arreglos institucionales privilegiados y las formas dominantes de justificación. (48)

La perspectiva francesa se basa en una segmentación de roles y atribuciones alrededor del difunto y en la concreción del entierro, calificando lugares, sujetos y objetos de acuerdo a una “cualidad pública” o privada (religiosa), lo cual implica

fronteras conflictivas, al mismo tiempo que garantiza a todos el derecho igualitario a un entierro digno. El diseño inglés reconoce las libertades individuales y abre el camino al libre mercado llevando a la diferenciación paisajística.

En España, como señala Herrera Moreno (2013), hubo intentos para desplazar los cementerios fuera de las ciudades: en Madrid, en 1752, o en Barcelona, en 1775. Pero este intento no fue efectivo hasta que Carlos III emitió cédulas reales donde declaraba que la construcción de cementerios extra muros poseía un carácter obligatorio. En 1789 se les solicitaba a los diocesanos y vicepatronos de Indias que reprodujeran este modelo en sus territorios. El diseño neoclásico fue el más empleado en España y sus dominios, el cual se evidenciaba en los pórticos y detalles del cerco perimetral. En el interior, la calle central ancha para el pasaje del grupo que llevaba el cajón (y en algunos casos el carruaje) se cruzaba con la transversal formando una cruz, pero también promoviendo el cruce de los vientos y la dispersión de las miasmas. En alguno de los vértices debía ubicarse el osario y, preferentemente, en un lugar destacado una capilla con las habitaciones del sepulturero, que luego se transformará en la administración.

De acuerdo con el tratado de Louis Cloquet (1900), los cementerios cristianos de fines del siglo XIX son de tendencia neoclásica: poseen una planta rectangular y están limitados por altas bardas y rodeados de árboles, que contribuyen no solo a aislar sino también a sanear el aire. La orientación, como la de una iglesia, tiene la puerta principal hacia Occidente y las tumbas en el mismo sentido, con los pies y los cuerpos hacia el Oriente. El terreno debe estar dividido en partes de fácil accesibilidad, rectangulares, designadas como secciones que pueden tener espacios a perpetuidad y otros de tipo temporal. Pueden tener, junto a la muralla perimetral, una galería que sirve para los nichos. En el encuentro entre las dos vías principales hay un altar, cruz o monumento que condensa lo que esa comunidad y sus representantes consideraron apropiado al momento de su fundación. Estos son los cementerios que predominan en Argentina. Gran parte de los procesos y desarrollos que se desplegaban en Europa fueron importados a la nueva nación cristiana.

Como señala Facundo Roca, dar sepultura a los fieles “era un deber de primer orden dentro del mundo cristiano” (2019: 15) y una de las obligaciones eclesiales. Hasta

ese momento, los indios, mestizos y negros eran abandonados y, a veces, transportados a un espacio de enterramiento común sin recaudos ni cuidados sanitarios. Siguiendo a Roca, la primera institución encargada de esta tarea, desde el siglo XVIII, fue la Hermandad de la Santa Caridad, que comenzó a regular las limosnas y la distribución de los fondos, no sin conflictos con los otros grupos que se disputaban el predominio espiritual de los fieles. Las otras parroquias también contaban con la posibilidad de enterrar en sus alrededores, dentro de su terreno consagrado.

La tensión entre el deber cristiano y la caridad se disputaba espacios y pertenencias. Aquí es importante advertir que, luego de la Independencia, la influencia de la Corona española disminuye, pero la necesidad de empezar a organizar catastralmente la aldea devenida en la cabeza del Virreinato era imperiosa. En consecuencia, en 1822, durante la gobernación de Martín Rodríguez (ministro de Bernardino Rivadavia) se ordena la sepultura en los terrenos del Convento de los Capuchinos, en lo que hoy es la Recoleta. En 1880, Torcuato de Alvear, primer intendente de la ciudad de Buenos Aires, le encomendó al arquitecto Antonio Buschiazzo su refacción, rodeándolos perimetralmente y pavimentando sus calles. Su entrada, monumental, coincidía con las europeas de estilo neoclásico, convirtiéndose en la necrópolis de las personalidades destacadas.³ En ese momento, la ciudad había pasado por una crisis sanitaria sin precedentes: la gran fiebre amarilla de 1871, que había obligado a abrir el Cementerio del Oeste (hoy el de La Chacarita). Entre 1856 y 1886, el cólera y la fiebre amarilla habían transitado distintas oleadas, pero la de 1871 dejó un saldo de fallecidos inédita y una crisis política y social extendida a toda la provincia (Fiquepron, 2015). Murió el vicepresidente de la Nación, Marcos Paz, y se llegó a calcular 20.750 defunciones hacia fines de 1871, mientras que el promedio anual era entre 4.500 y 5.000. Aquí el cuerpo fue el protagonista central, porque era el problema del cual había que deshacerse. Pero, al mismo tiempo, se cruzaba la necesidad emocional de tener un espacio donde ir a llevarle flores.

³ Desde ese momento, dentro de las representaciones sociales se lo denomina “el de los ricos”, mientras que Chacarita es de clase media y el de Flores, “el de los pobres” (Canelo, 2013).

General Belgrano, provincia de Buenos Aires

Las influencias de la cosmovisión espacial europea llegan al territorio nacional, donde se aplican de manera fragmentaria. Paiva (2015) identifica tres momentos: el primero, desde Rivadavia hasta 1850, cuando hay intentos individuales de médicos por difundir los preceptos higienistas y la importancia de los factores ambientales (el agua, el aire y el sol); el segundo, más vinculado a una práctica que debe institucionalizarse a partir de las distintas profesiones y del resguardo en las nuevas construcciones (viviendas, escuelas), que se practica de manera intermitente o fragmentaria; y la tercera, cuando ya adquiere un carácter público (parques, juntas de vecinos) y se verifica la intervención estatal a través de las normativas y los nuevos conocimientos científicos, imposibles de ser ignorados.

De manera que en las presidencias fundacionales de Mitre, Sarmiento y Avellaneda (1862-1880) intervinieron en los dos grandes pilares de la conformación del Estado: la población (a través de la Ley 817 de “Inmigración y Colonización”) y el territorio (a partir del exterminio de los pueblos originarios y la extensión del dominio nacional). La pampa húmeda se empieza conformar a partir de pequeños pueblos que generaban oportunidades para servicios y actividades primarias y secundarias, en manos de criollos y algunos grupos extranjeros (Djenderedjian, 2016). Asimismo, empresarios ingleses invirtieron desde 1860 en las líneas del ferrocarril, consiguiendo una primera concesión para el Ferrocarril Gran Sur de Buenos Aires (Silveira, 2017). La estación El Salado, en el Cuartel IV del partido de Las Flores, fue inaugurada el 19 de mayo de 1871. La donación de una manzana y otros lotes por parte de doña María Amestoy de Ochoa dio el puntapié inicial para la construcción de la plaza, la capilla (1882) y una escuela pública.

Imagen 5: “Ubicación del partido de General Belgrano”.



Fuente: Archivo:Great_southern_roca_map.jpg

Imagen 6: “Mapa de la red ferroviaria del Sur”.



Fuente: Archivo: Great_southern_roca_map.jpg

En 1891 se crea el nuevo partido (General Belgrano), donde los antiguos pobladores y vecinos relevantes donaron no solo terrenos sino también dinero, como fue el caso de don Juan de la Fuente, que colaboró con una importante suma para la construcción del cementerio, entre otras obras (Buiraz, 2011). Las grandes estancias comenzaban a dar trabajo a cientos de criollos y migrantes. A ellas se llegaba por contactos e información, cuyo primer paso era una asociación de socorros mutuos. Este entramado asociativo se desplegaba en los pueblos y ciudades, comenzando con el cobro de una cuota mensual muy módica. A partir de la ampliación de su base asociativa, dicho entramado logró al poco tiempo el alquiler y compra de un edificio, la

conformación de una Comisión Directiva, el ofrecimiento de un descuento en consultorios médico, odontológicos y boticarias, ampliando cada vez más sus servicios. Uno de sus proyectos era la compra de un terreno en el cementerio municipal y la construcción de un panteón. En caso de no poder hacerlo, la asociación contribuiría con el pago total o parcial del velorio, del entierro y de una ofrenda floral, además de la presencia y acompañamiento para la familia (Castiglione, 2019b).

La Asociación Española de Socorros Mutuos (AESM) y la Società Italiana di Mutuo Soccorso e Beneficenza (SIMSB) se fundaron en 1892. La AESM comienza a construir elementos que también se encuentran relacionados con la reproducción y el sostenimiento de la identidad: con las primeras recaudaciones acuñan monedas por el desembarco de Cristóbal Colón, compran banderas y organizan las primeras Romerías Españolas en la quinta Los Eucaliptus,⁴ que reunían a los vecinos y a los de los pueblos cercanos durante varios días (por lo general, de sábado a martes) con bandas, juegos, quioscos, *stands* y una carpa con la presencia de las autoridades de entidades relevantes. Por otro lado, robustecía los comercios y el consumo interno, se vendían propagandas y se establecían contactos. A partir de estos eventos logran la asociación frente a la plaza, con un salón muy grande que puede operar como teatro o cine.

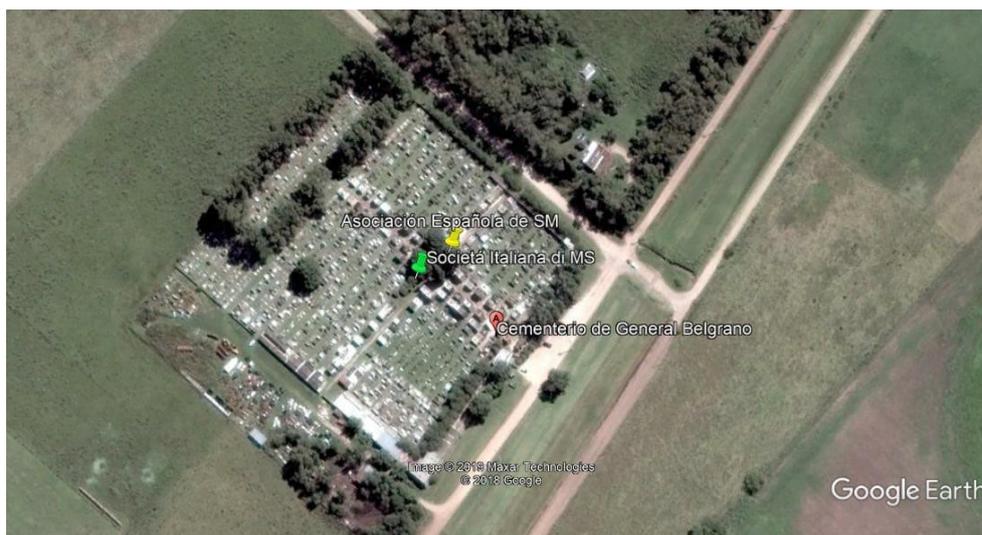
El 20 de septiembre de 1891 (en honor a la unificación de Italia), habiéndose realizado varias reuniones precedentes en la casa de don Antonio Giura, logran instalar la SIMSB a una cuadra de la plaza principal, que existe hasta hoy alquilando su salón (siendo, además, sede de la Asociación Dante Alighieri). Los italianos organizaban *kermesses* y paseaban a los niños en carritos y en una locomotora adaptada. Ambas asociaciones consiguieron predios donde desarrollaban estas festividades, que fueron una constante hasta mediados de la década de 1950. Estas compras de terrenos y el aprovechamiento de oportunidades fueron sumamente importantes para las asociaciones. En esa línea, los panteones fueron parte de esa inversión e, incluso, funcionaron como publicidad para atraer socios y competir con asociaciones de otros pueblos, porque evidenciaba prosperidad y cuidado del patrimonio.

⁴ Las romerías se llamaban así en alusión a los romeros, los peregrinos a Roma. Por extensión, se utiliza el término para describir las marchas festivas acompañadas de música y cantos (Buiraz, 2011: 51).

El cementerio

El primer cementerio de General Belgrano estaba ubicado en el Campo de Pato de Barrancas del Salado, donado por don José Carabassa,⁵ para luego emplazarse definitivamente (con la intervención del Juzgado de Paz, el agrimensor y la aprobación de los planos) en el sitio actual, en enero de 1892. Como se observa en la Imagen 7, el cementerio cumple con la lejanía respecto al casco urbano y tiene la disposición de la nave central cortada por la transversal. Está separado en cuatro secciones, con un sector para disidentes y otro para pobres en solemnidad.

Imagen 7: “Cementerio del partido de General Belgrano”.



Fuente: Google Earth (2019)

Como hemos estudiado en otros trabajos (Castiglione, 2016, 2017), los panteones (realizados por asociaciones) y las bóvedas (construidos por familias) que se encuentran a la vera de la nave central son los sectores más codiciados y jerárquicos, por su fácil ubicación, la antigüedad que registran y la cercanía respecto a las figuras religiosas o cruces que, por lo general, se erigen en la confluencia de ambas calles principales. En este caso, ambas se encuentran a cada lado de la cruz central.

⁵ Agradecemos la generosidad de la curadora del museo “Alfredo E. Múlgura”, Clara Rodríguez, que nos ha brindado su material, su tiempo y sus conocimientos.

El panteón de la AESM es de tamaño mediano ($14 \times 9 = 126 \text{ m}^2$), de estilo neogótico, blanco con detalles en amarillo. Posee una estatua de Jesucristo en el techo, cruces de hierro en las puertas y dos chapas en ambas hojas que versan: “Panteón Español”. Sobre el borde superior de la puerta se encuentra, al igual que en las cuatro paredes, un escudo de Castilla y León. En el interior se observa una placa de mármol, donde se encuentra la piedra fundamental con la inscripción del año 1911 y en el frente, al igual que todos, un espacio para esperar el cajón, con un altar y una cruz, y una inscripción original que versa: “Panteón de la Sociedad Española”. A ambos lados se observan espacios para reducciones o urnas de cenizas, de manera que pueden permanecer de distintas formas bajo el amparo asociativo. A ambos lados de la puerta hay placas conmemorativas que expresan: “Homenaje de la Asociación Española de S. Mutuos en su cincuentenario. Sus presidentes fallecidos 1892-1942” (con la nómina de todos) y “La Sociedad Española de S. M. a sus fundadores y socios fallecidos en su centenario. 1892-1992”.

Imagen 8: “Panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos”.



La autora 23/01/2017

Imagen 9: “Interior del panteón de la AESM”.



La autora 23/01/2017

El panteón italiano, de acuerdo a la entrevista proporcionada por la misma asociación,⁶ se encuentra inspirado en el de Mar del Plata, que es de tipo monumental y tiene dos partes (una llamada “Da Vinci” y otra, “Miguel Ángel”). La visita a este panteón sumamente moderno es de tipo experiencial, ya que posee música clásica, perfume y banderas italianas y argentinas, así como también una inscripción que lo bordea, una bella cúpula que une las partes con espacios de descanso, baños y ascensor. En el folleto de la ASM de General Belgrano (cfr. Imagen 10) se encuentra ilustrado su estilo en la figura de una escultura clásica, junto con un diseño moderno y ambas banderas. Nos interesa dar cuenta de lo que expresaba el folleto promocional, que no abandona el italiano en su nombre, ni sus marcas identitarias: “Un excelente lugar para el descanso final de nuestros seres queridos, paisanos y amigos. Una solución a perpetuidad abierto a toda la comunidad belgranense”. Sobre este panteón quisiéramos detenernos para señalar la importancia que posee la muerte y el servicio que todavía hoy es considerado relevante por los italianos y sus descendientes, ya que el primero de mayo de 2019 inauguran su panteón con elementos identitarios que dan cuenta de un

⁶ Entrevista realizada el 11/01/2018 a la bibliotecaria de la Asociación.

simbolismo vinculado a la presentación de las dos banderas, una cruz, un *vitraux* con la imagen de Jesucristo y su nombre en italiano.

Imagen 10: “Folleto promocional del panteón”.



Fuente: Societa Italiana di Mutuo Soccorso Gral. Belgrano

Imagen 11: “Inauguración del panteón, el primero de mayo de 2019.



Fuente: Clara Rodríguez

Asimismo, la presencia de los socios fue importante dado que continuó con una oferta de servicios, cumpliendo con el objetivo para el cual fue creada la asociación. En su Artículo 3, dice:

Esta sociedad tiene por base el mutuo socorro, patriotismo, la moral y el progreso y tiende a unir a todos los italianos residentes en este partido, como una sola familia y promover la moralidad y el bienestar de todos; subsidiar los socios enfermos; procurar, cuando los fondos lo permitan, los medios de instrucción y en caso de muerte tributar los honores fúnebres; mantener y buscar de extender los brazos de confraternidad con las demás sociedades del mismo género, establecidas en la República Argentina. (Società Italiana di Mutuo Soccorso-General Belgrano (1891) Página 2).

Algunas reflexiones

Si observamos lo anteriormente expuesto y consideramos que el medio es el mensaje, ninguno de los panteones ha sido disruptivo respecto de las influencias que provenían de Europa, aun el italiano, que dentro de nuestro recorrido es el que se presenta como una anomalía, dado que es el único que se está construyendo e inaugurando en el presente. La preocupación por el servicio que se podía ofrecer desde las sociedades étnicas, hasta la posibilidad de dar resguardo a las inversiones y comprar ladrillos en un cementerio, les dio herramientas a los ciudadanos para negociar espacios identitarios. Estos edificios, además de ser espacios de memoria, evidencian la fortaleza de la asociación que los emplaza, siendo parte de su patrimonio para exhibir parte de su poder en las federaciones (en relación con otras asociaciones) y para configurar un límite identitario. Este último punto no es menor: es una forma de demostrar que se puede trabajar con otros, vivir e, incluso, casarse, pero que a la hora de morir existe una preferencia por hacerlo entre los propios. El hecho de no tener elementos disruptivos con la sociedad de acogida (como pasa con otros credos) le otorga más fuerza a la necesidad de ser sepultados en su propio panteón.

Los panteones representan esa seguridad atemporal que guarda la memoria y la encierra en un lugar específico donde los connacionales pueden concurrir a rendir honores en forma individual o grupal. Con su presencia construyen sentido, ya que estas operaciones no son naturales, sino que están determinadas por una voluntad de hacer

memoria (Robin, 2014). Podemos señalar que los panteones se encuentran en un espacio intersticial: no pueden abandonar la memoria comunicativa, porque ellos son representantes de su país, especialmente los de asociaciones españolas e italianas que son reconocidas y sumadas a federaciones y actividades consulares y diplomáticas. Esta función de reciprocidad simbólica de presencia en eventos y, algunas veces, de retribución material, los ubica en una cadena de sentidos con la sociedad de origen que deben conservar. La iniciativa de la conformación y su origen mítico en la casa o el negocio de un socio fundador, que con el paso del tiempo y el compromiso la llevaron hacia una formalización capaz de negociar espacios en la sociedad de destino de manera legítima (en la ciudad de los vivos y de los muertos), se cimentó con la memoria comunicativa. Son construidos de abajo hacia arriba, a pesar de que el carácter masivo las hiciera multi-clasistas: el panteón democratiza y borra las diferencias de los orígenes de los que quieren pertenecer (a veces conflictivos como el Sur y Norte de Italia, o la Guerra Civil española).

No todos los migrantes ingresaban a las asociaciones. Estas fueron perdiendo el socorro inmediato que podían prestar, especialmente de 1880 a 1910. Luego serán los sindicatos, otros espacios de socialización y militancia y las iglesias quienes podrán configurar un ámbito de información sobre oportunidades laborales, habitacionales, etc. Sin embargo –y como ocurre de costumbre en el campo migratorio, nunca se puede generalizar ni intentar definir un axioma-, el caso de General Belgrano cumple con el siglo pasado y con el presente, donde se evidencia que destinar capital, energía y tiempo a la muerte habla aún hoy de que no es un tema menor: el cuidado de los socios pervive y la necesidad de compartir el adiós eterno guarda una importante relación con la tierra que vio nacer al individuo o de la que oyó decir que era un lugar idílico. Ese último instante puede acercarlos a la paz que expresa un poema anónimo: *“la vida era una vuelta a la manzana y nadie estaba muerto todavía”*.

Bibliografía

- Ariés, Ph. (2000). *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona: El Acantilado.
- AA. VV. (2012). “Estilo Tudor”. *Revista ARQHYS*, 12. Disponible en: <https://www.arqhys.com/contenidos/estilo-tudor.html> [Fecha de consulta: 26/07/2019].
- Buiraz, R. (2011). *General Belgrano de ayer. Hurgando en sus recuerdos*. Buenos Aires: Dunken.
- Canelo, B. (2013). *Fronteras internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Cardelle Zamora, G. (1998). *Presencia eterna de gallegos en La Habana*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Castiglione, M. C. (2016). “Las huellas de la migración italiana en Argentina a través de sus panteones”. *Navegar Revista do Laboratório de Estudos de Imigração (LABIMI-UERJ)*, 1 (2).
- _____ (2017). “Representaciones de la ausencia: la historia del Panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Rosario, 1857-1885”. *Revista Estudios de Historia de España del Instituto de Historia de España*, XIX: 291-320.
- _____ (2019a). “Verde y gris: un recorrido por los cementerios de Disidentes (1833-1914)”. *Textos y Contextos desde el Sur*. 7 (IV).
- _____ (2019b). “Las asociaciones étnicas de socorros mutuos después de la migración histórica”. En AA. VV., *Almanaque Histórico Argentino 1930-1943: crisis, modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Bärenhaus.
- Cloquet, L. (1900). *Traité d'Architecture*. París: Librairie Polytechnique.
- Djenderedjian, J. (2016). “Los pobladores de la Colonia y la inmigración en los primeros años de vida independiente”. En AA. VV., *Los inmigrantes en la construcción de la Argentina*. Buenos Aires: OIM.
- Dolout, L. (2011). “El cementerio israelita de La Plata”. En Sempé, C. y Flores, O. (comps.), *El cementerio de La plata y su contexto histórico*. La Plata-Ringuelet: Municipalidad de La Plata.
- Enríquez Fernández, J. y Sesmero Cutanda, E. (1999). “Simbologías sociales y religiosas en los cementerios de Bizkaia (ca. 1850-1998)”. *Zainak*, 18: 345-362.
- Fiquepron, M. (2015). “Cadáveres, epidemias y funerales en Buenos Aires, 1856-1886”. En Kessler, G. y Gayol, S. (eds.), *Muerte, política y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Edhasa.
- Herrera Moreno, E. (2013). *El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano-arquitectónica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Bulner, J. (2014) *Highgate Cemetery* (2014). London: Highgate Cemetery & Jigsaw publishing Ltd.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Paiva, V. (2015). “Teorías médicas y estrategias urbanas. Buenos Aires 1850-1920”. *Estudios del Hábitat*. 7 (II): 5-19.
- Robin, R. (2014). “Sitios de memoria e intercambios de lugares”. *Clepsidra*, 2: 122-145.
- Roca, F. (2019). “Un lugar para los pobres: algunas consideraciones sobre el entierro de limosna en el Buenos Aires colonial (siglo XVIII)”. *Revista Textos y Contextos desde el Sur*, 7 (IV).
- Silveira, A. (2017). *Gran Bretaña en la Reina del Plata: ingleses y escoceses en Buenos Aires (1800-1880)*. Buenos Aires: Biblos.

Thompson, F. (1988). *The Rise of Respectable Society: A Social History of Victorian Britain, 1830-1900*. Londres: Fontana.

Trumpet, P. y Griffiths, R. (2011). “La economía moral de la muerte en el siglo XIX. Cruce de perspectivas sobre Francia e Inglaterra”. *El Movimiento Social* 4, 237: 33-54.

Welzer, H., Moller, S. y Tschuggnall, K. (2012). *Mi abuelo no era nazi: el nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*. Buenos Aires: Prometeo.